

EL PARQUE DE LOS ABRAZOS

Los técnicos del Ayuntamiento no sabían ya que hacer, lo habían intentado todo, fertilizantes, abonos, podas, hasta un ungüento japonés traído especialmente desde el Monte Fuji, pero nada había dado resultado, los árboles del parque de Viveros se apagaban. No estaban muertos, pero no florecían, era primavera y aún no habían salido las primeras hojas.

Todos los informes de los jardineros municipales recomendaban lo mismo, talarlos, y plantar nuevos. Los árboles del parque tenían muchos años, y era necesaria una regeneración. Los argumentos eran sencillos, hacerse viejo implica no servir para mucho.

El parque de Viveros llevaba muchos años sin ser muy visitado, solo algún turista un tanto despistado que bajaba de su crucero y quería visitar un lugar emblemático de la ciudad, según decía la app de su guía turística. Pero al final se iban pronto, decepcionados porque el parque no cumplía sus instagrameables aspiraciones.

Las familias de la ciudad habían dejado de usar el parque, ya no había picnics o parejas de enamorados escondidos tras un matorral, y por supuesto, los niños y niñas ya no iban a jugar al parque, eso estaba obsoleto. Estábamos en el 2050, la gente no perdía el tiempo al aire libre, teniendo una maravillosa inteligente artificial digital que te transportaba a cualquier lugar sin salir de tu salón.

La tala masiva de todos los árboles del parque de Viveros se había propuesto para el 21 de marzo, aún seguía siendo el día internacional del árbol; aunque cada vez era una celebración más en desuso.

El parque de Viveros había albergado 20 años antes un colegio, se llamaba el colegio Vivers. En el 2045, el colegio había sido reubicado a otro lugar de la ciudad, y las viejas instalaciones escolares eran utilizadas como almacén de cosas viejas que tenía el Ayuntamiento como bancos, columpios y toboganes.

Por redes sociales algunos exalumnos/as del colegio decidieron convocar una quedada el día 20 de marzo, un día antes de la tala, para despedirse de los árboles que años antes los habían acompañado en su vida escolar; habían sido testigos con su sombra de juegos y risas. La convocatoria fue masiva, acudieron muchos exalumnos y exalumnas con sus familias, hubo bonitos reencuentros. Todos juntos decidieron formar círculos alrededor de los árboles a modo de despedida.

El día 21 todo estaba preparado para la tala. Los operarios municipales acudieron ataviados con sus sierras eléctricas y hachas, pero cuando llegaron al parque la sorpresa fue mayúscula, los árboles habían florecido de nuevo, incluso los tristes matorrales albergaban flores de colores.

Con todo esto, la ciudad pudo comprobar el maravilloso poder de los abrazos, que a veces las cosas, como las personas, necesitan sentir que son útiles, que su existencia tiene sentido. Los árboles sentían que no servían porque habían envejecido, pero al comprobar que aún había amor para ellos decidieron seguir adelante con la vida.